

— ¡Fuego!

Las armas comenzaron a escupir su característico estampido al sonido de la orden. Las bocachas ardieron con fuego invisible a la luz del mediodía bajo un sol sofocante que parecía quemar la roca y la arena del campo de tiro.

Con el simple gesto de la primera falange del dedo índice apretando el gatillo, la aguja percutora se impulsaba velozmente hacía el cartucho ubicado en el cierre, haciendo detonar la pólvora almacenada en la vaina. Sin más recorrido que el que dictaba el cañón, la bala salía disparada junto con una mezcla de calor y fuego, girando en rotación dextrorsa a petición de los surcos helicoidales del interior.

La mirilla estaba centrada en el pleno de la diana y a menos de cincuenta metros no haría falta corregir el tiro. No había tanta distancia como para pensar que la bala decaería unos centímetros a causa de la gravedad terrestre. Ya había lanzado el primer disparo de cinco para el que se requería en aquella prueba, pero el olor a pólvora de su arma y el estampido que generaban el resto de sus compañeros en la línea de tiro la estaban poniendo nerviosa. Además, el casco le venía algo grande y le sudaban las manos por el calor y la presión. No era la primera vez que disparaba un arma real sobre la diana, pero los primeros ejercicios se hacían cuerpo a tierra y apoyando el guardamanos sobre la mochila simulando un bípode, lo cual resultaba mucho más sencillo para apuntar. En la ocasión para la que se veía, debía hacerlo de pie, percibiendo el temblor de las manos y los brazos. Apretaba el abdomen con intención de ganar firmeza en todo su cuerpo, aguantando la respiración para evitar hasta el más mínimo movimiento. En cuanto notó su cuerpo inmóvil, tragó saliva y apretó el gatillo de nuevo.

El arma zarandeo con un rápido movimiento contra su hombro. Su cuerpo, rígido, estuvo preparado para contrarrestar la fuerza de retroceso. Lo había hecho otras veces, ya estaba acostumbrada a manejar aquel arma que se le antojaba antiguo y desfasado, pero tan necesario hoy día.

Aún recordaba la primera vez que disparó, no podía imaginarse la fuerza con la que el arma la golpearía y habiendo encajado el ojo en la mirilla, recibió un buen golpe en la cara. Desde entonces supo que la culata debía ir bien apoyada en el hombro y el ojo debía separarlo apenas unos centímetros del punto de mira. Que idiota se sentía ahora al pensar que miraba a través de él como si fueran unos binoculares, sin percatarse que cualquier movimiento provocado por el arma acabaría por lastimarla. Basta con sentir un dolor intenso en el globo ocular y el temor a un hematoma para aprender del error. Por suerte, solo fue un golpe que le dolió por un rato, porque si llegase a aparecer con un ojo morado del campo de tiro, no habría podido evitar las burlas de sus compañeros de promoción, ni el de sus jefes siquiera que, aunque no estaban por la labor del mal ajeno, una buena anécdota así debía contarse.